



colección
CALCETÍN

Patricia
García-Rojo

Ilustraciones
Nacho
Pangua

La última calle de Copenhague





1

La princesa del guisante

¿Has probado a pronunciar *Noragersmindevej*? Te apuesto lo que quieras a que no te sale bien. Yo llevo semanas intentando decirlo en condiciones, sin ningún éxito. Pero tengo un truco que suele funcionar: leo el principio de la palabra y leo el final; en el medio solo hago un sonido raro, parecido al balbuceo de un bebé o al gruñido de un gato somnoliento. Es algo así como: *Nora-blablablavej*. No es un método demasiado científico para asegurar un buen nivel de danés, pero por lo menos me sirve para imaginarme el

nombre de mi calle. Porque sí, *Norablablalablavej* es mi calle.

Aunque no ha sido mi calle toda la vida. Antes vivía en Raimundo Fernández Villaverde, en Madrid, España, y todo era de lo más normal. Pero ahora vivo en una calle impronunciable en el último barrio de Copenhague, que está a unos cuantos miles de kilómetros más arriba, en Dinamarca.

Quizá te estés preguntando cómo me las he apañado para venir a vivir al norte del norte, donde ni siquiera saben decir *hola* como todo el mundo (dicen *hej*, te lo prometo). Bien, la respuesta es muy sencilla, sencillísima: mi madre.

Mi madre, que se llama Ana, es como la princesa del guisante. Puede tener ochocientos mil colchones mulliditos de plumas, unos encima de otros, listos para descansar; pero, como encuentre un mínimo guisante, ya no pega ojo. Y esto quiere decir que mi madre, por muy genial, maravillosa y auténtica que sea la situación, es capaz de verla insoportable por culpa de un pequeño detalle.

Mi padre y yo dormimos sobre una cama de guisantes si eso hace feliz a mamá, porque la queremos. Y porque, cuando sonrío, como dice mi padre, *todo tiene sentido*.

El trabajo de mi madre en la universidad, en cambio, ya no tenía mucho sentido. Llevaba años enseñando cómo trabajar en el laboratorio, pero eso no le dejaba ni un segundo para la investigación. Y no pienses ahora que mi madre es detective o algo por el estilo; mi madre es científica, y los científicos también investigan. Lo que pasa es que últimamente las cosas se estaban poniendo complicadillas. Vaya, difíciles de verdad. Y aunque nuestro piso fuese perfecto —eso son los ochocientos mil colchones—, la investigación era el guisante de mi madre.

La cama incómoda de guisantes, en la que dormimos ahora mi padre y yo, es Copenhague, desde donde llamaron a mamá para ofrecerle un puesto importantísimo en un laboratorio. Para investigar.

Mi padre, que se llama Juan y es un filósofo —esto no lo digo como frase hecha, es un filósofo de verdad, un filósofo profesor y escritor de los que se preguntan por el sentido de la vida y por la factura de la luz—, propuso que analizásemos los pros y los contras de irnos a Dinamarca y aceptar ese trabajo.

No me voy a hacer el héroe ni nada. A mí, la verdad, es que lo último que me apetecía era

dejar mi colegio para irme a la última calle de Copenhague a aprender danés. Quiero mucho a mi madre y quiero que sea feliz. Pero también quiero sobrevivir. El noventa por ciento de mis argumentos (que son estos) fueron en contra:

–Voy a dejar de ver a mis amigos.

–Estamos lejos de los abuelos.

–No me voy a enterar de nada.

–Me gusta mi cuarto tal y como es.

–No entiendo el danés ni quiero entenderlo (ya con el inglés me cuesta).

–Prefiero la comida española.

–Me voy a perder las series de la tele.

–Seguro que allí no venden mi pasta de dientes preferida.

–El jamón serrano.

Y muchas cosas más; escribí una lista de dos páginas. Todos eran argumentos convincentes.

Desgraciadamente, mis padres estaban más que preparados, son profesores; quiero decir, tienen experiencia en convencer a alguien de que los retos son divertidos e incluso apasionantes. Me pillaron desprevenido:

–Pero, Javier, ¿no querías esa bicicleta que...?

–comenzó papá, sin piedad.

Después mamá contraatacó con la videoconsola. Te prometo que en ese momento no sabía qué decir ni qué hacer. ¡Llevaba pidiendo una bicicleta desde mi cumpleaños! ¿Y la videoconsola? ¡Eso ni siquiera me atrevía a pedírmelo para los Reyes, porque sabía que me iban a decir que ni hablar! Estaba a punto de colapsar.

—¿Puedo tener también un perro? —intenté probar mi suerte, con poco éxito.

—Creo que es demasiado pronto para un perro... —dudó mi padre, algo incómodo. Entonces tuvo una idea y volvió al ataque—: En el centro de Copenhague está el Tívoli. ¿Sabes lo que es? ¡Un parque de atracciones! —aproveché mi padre.

—¿Como el de Madrid? —fui capaz de preguntar mientras en mi cabeza revoloteaban imágenes de videoconsolas montando en bicicleta o de juegos de montar en bicicleta en videoconsolas...

—¡El parque de atracciones más antiguo del mundo!

—¿A que no sabes que Copenhague fue una ciudad vikinga? —se lanzó mi madre sin piedad—. Y hay canales de agua que atraviesan la ciudad y gente que vive en barcos...

Fue una crueldad. Una bajeza de las peores del mundo. ¿Quién puede resistirse a todo eso? ¡Solo soy un niño! Un niño débil y facilón capaz de renunciar a su vida por una bicicleta y una videoconsola. ¿Tengo yo la culpa?

¿Acaso tengo yo la culpa de vivir en *Norablablablavej* sin siquiera ser capaz de pronunciarlo? ¡La culpa es de la princesa del guisante y del filósofo! ¡Que son más listos que yo!



2

'Hej'

Si estuviésemos en el futuro, ¿qué necesitarías para sobrevivir en el extranjero? ¡Sencillo! Un implante de microchip traductor que vaya transformando todas tus palabras del español al idioma que sea y un robot con GPS que te indique las direcciones o te lleve volando de un lado a otro de la ciudad (aunque me conformaría con que me recordase dónde diablos está mi clase). ¡Pero esto no es el futuro!

Esto es el pasado y, en el pasado, mi arma secreta de supervivencia es un diccionario espa-

ñol-danés que pesa como un muerto, un mapa del país y un plano de la ciudad. ¿Para qué tanto mapa?, te preguntarás inocentemente desde el cómodo sofá donde me estés leyendo. Sí, claro, yo también sé que existe internet y que puedes ver cualquier ciudad a vista de pájaro, e incluso acercarte tanto tanto que parece que andas por sus calles. Pero no es solo una cuestión de orientación. ¡Es algo más!

Si ya me pone nervioso no saber decir el nombre de mi calle, imagínate no saber ni cómo era el mapa de este país. Cuando pensaba en Madrid, pensaba en el mapa de España (creo que podría dibujarlo con los ojos cerrados, aunque me saliese un poco mal) y pensaba en el centro del mapa. En lo alto de la meseta. Pero, al llegar a esta casa, en *Norablablablavej*, la última calle de Copenhague, e intentar pensar dónde estábamos, mi cerebro se convertía en una masa pastosa. ¡Y eso es muy incómodo! A lo mejor a ti no te pasa; tú no tienes un padre filósofo que te pregunte cosas como «Si pierdes un bolígrafo y lo dejas de ver para siempre ¿ese bolígrafo existe o no?». Yo al principio decía que sí... ¡Pero y si nadie más lo ve? ¿Existe entonces? ¿Existe? Di.

Me daba la sensación de que vivía en una casa preciosa con jardín en mitad de una nada blanca. Así que mi padre me imprimió un mapa de Europa y un mapa de Dinamarca (el plano de la ciudad nos lo dieron en Información y Turismo, la verdad). Lo bueno es que parte de Dinamarca es también una península, así que uno se siente más o menos cómodo con eso. No hay tanto cambio. Imagina que nos vamos a un país sin mar o a un país que es todo una isla. ¡Esos son muchos cambios de golpe! A no ser que la isla sea del Caribe y se hable español, creo.

Encima de mi escritorio, en mi cuarto, he pegado el mapa y, cada vez que vamos a un sitio nuevo, lo señalo con rotulador fosforito. Además, también tengo marcado en rojo el camino que hacemos para ir al colegio. Porque, sí..., tengo una videoconsola nueva y una bicicleta, pero no estoy de vacaciones. ¡Las vacaciones se acabaron casi al mismo tiempo que la mudanza!

Eso a mis padres debió de parecerles una buena idea: así no se sentirá solo, pensarían, hará amigos pronto, no echará tanto de men... ¿Pero qué demonios tenían en la cabeza? ¡Que solo sabía decir *hej!* ¡Y me soltaron en un colegio danés! Te

lo prometo: me abracé a mi diccionario como si fuese un chaleco salvavidas. (Un consejo: si no sabes buscar en el diccionario, aprende. Cualquiera día tú podrías ser yo. Es decir, ¡los aviones existen y lo acercan todo! Y quizá tu madre o tu padre sean una princesa del guisante y tú no lo sepas. Amigo, diccionario).

Si lo de no poder imaginarme el mapa de Dinamarca era raro, mucho más raro fue llegar al colegio. Cuando un niño español piensa en un colegio, piensa en carreras por los pasillos, gritos, conversaciones, collejas sorpresa, ruidazo de sillas, portazos, pulsos por no levantar la mano y hablar sin pedir permiso, chicles pegados debajo de las mesas, balones de fútbol rebotando contra las paredes y papeleras que sirven de canasta para el papel de aluminio del bocata. ¡Y yo soy un niño español!

El colegio en Copenhague me daba pánico: ¡todo estaba en completo silencio! Los niños hablaban en susurros, iban ordenadamente por los pasillos y de vez en cuando salían canciones muy bien entonadas de una clase, no como nuestro famoso *Cumpleaños feliz*, que es algo así como un grito de guerra o una oportunidad para dejar

salir al cantante de ópera que llevas dentro. No, canciones en-to-na-das. Se me ponían los pelos de punta.

A mi padre, en cambio, no. Mi padre tenía una mirada de amor como si hubiese entrado en el paraíso. Te lo aseguro; creo que veía los colores hasta más brillantes. Me miraba y miraba los pasillos, y me miraba otra vez y miraba los pasillos otra vez... Tuvo que sentarse y todo. Cuando mi padre habla de sus clases en el instituto, es como si hablase de un videojuego de guerra.

—Tengo que aprender danés —dijo cuando consiguió hablar.

Y yo creo que era porque quería trabajar en un sitio como mi colegio nuevo. A él no le estaba dando el miedo que me estaba dando a mí.

El director y papá hablaron en inglés, y yo no me enteré de nada. Solo del *Hello* y del *How are you?*. A partir de ahí, hice lo que mamá me había aconsejado: «Tú sonrío mucho, asiente de vez en cuando con la cabeza y pon cara de inocente, que se te da genial».

Te aseguro que convencer a una madre de que no es buena idea ir al colegio si no te vas a enterar de nada no funciona. Para unos padres el

colegio siempre es buena idea. Y para mi padre, si es así de silencioso y ordenado, ¡mejor!

Pero ahora te voy a contar una cosa por la que sí que merece la pena mi colegio nuevo. Quizá te creas que aquí iba a ser todo danés para arriba y danés para abajo (que sí, que es así, la verdad), pero también hay sorpresas que yo no me esperaba:

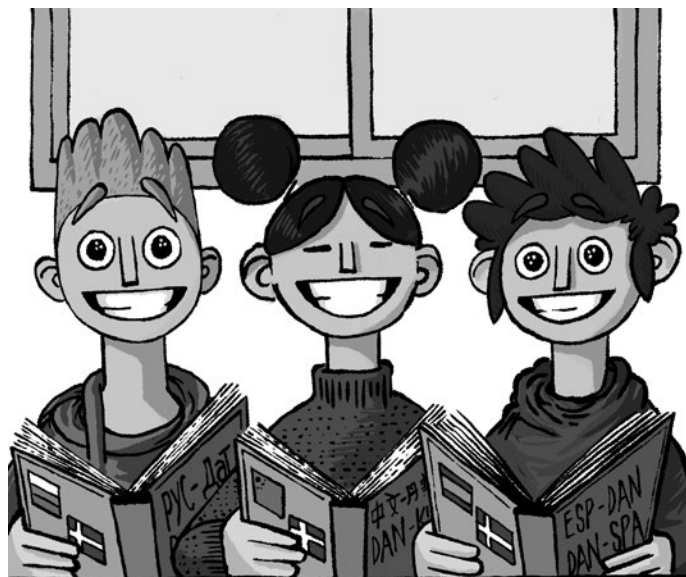
1. En mi clase hay dos sofás. Rojos. Y te puedes sentar cuando quieras.

2. En la clase de música hay batería y guitarra eléctrica. Y no son de juguete.

3. Hay dos recreos. Dos. Uno y dos.

4. Tengo una seño que no habla español, pero que parece que sí, para que me enseñe danés a mí solo.

Bueno, eso último no es del todo verdad. Me enseña danés a mí, a una china y a un ruso. Parecemos un chiste: cada uno con su diccionario salvavidas.





3

Inmersión lingüística total

–Blablaba blaba blablablaba.

Sonrisa. Sonrisa.

–Blablablablablablablablablablablablaba-
bla bla.

Sonrisa. Asentimiento. Sonrisa.

–¿Blablá?

Encogimiento de hombros. Sonrisa.

Ahí tienes un claro ejemplo de charla con mis compañeros de clase. A veces pienso que con la que mejor me entiendo es con Tina, y ella es de China. Por lo menos sigue el mismo estilo que

yo y se pasa el día sonriendo. Eso, aunque no te enteres de nada, tranquiliza.

En clase me dejan usar un ordenador para hacer deberes en un programa que me va enseñando danés. Los dibujos y eso son chulos, pero a veces el resto de los niños se ponen a hacer cosas en equipo y, la verdad, me da un poco de envidia. Me siento como un náufrago mirando por un catalejo la fiesta que hay en la isla de al lado.

Un ordenador, un sofá rojo, una bici o una videoconsola no pueden evitar que echés de menos a tus verdaderos amigos.

–Vas a hacer verdaderos amigos aquí –insiste mi padre convencidísimo mientras barremos el jardín.

–Y tú vas a hacer verdaderos amigos aquí, ¿eh? –le suelto yo sin morderme la lengua.

–¡Claro, ya tengo amigos de mi clase de danés!

–Dime sus nombres.

–Eh... ¿Peter?

–¡Papá!

Lo de los nombres fue un golpe bajo, porque mi padre tiene un problema gigantesco con los nombres de las personas. Es increíble que pueda saberse las capitales de todos los países del mun-

do, por muy pequeños que sean en el mapa, pero sea incapaz de aprenderse el nombre de alguien. A veces incluso bromea cambiándome el nombre a mí y llamándome Jaime. Vamos, yo creo que bromea.

Cuando estoy en el colegio y miro todas las caras rubias (por si no lo sabías, aquí casi todo el mundo es rubio) de mis compañeros, me pregunto quién será mi mejor amigo al final del curso o si tendré algún mejor amigo. Mi madre está convencida de que sí, pero yo no lo tengo tan claro.

Todos son simpáticos conmigo e intentan hablarme en los descansos... Pero ya has visto la conversación que podemos mantener... Bueno, hubo un día en que casi colapso porque creía que estaba empezando a comprender el danés. Fue una falsa alarma:

–Blablablablaba hola.

Abrí los ojos como platos.

–¡Hola! –dije emocionado, mirando a la chica de trenzas que tenía ante mí.

–Blablablá yo Alin –insistió ella con gesto de concentración.

–¡Alin, encantado! –casi chillé lleno de emoción. ¡La estaba entendiendo!

–Blablabla *Madri*, paella, olé... *Barselona* –continuó, y yo empecé a perderme–. ¿Olé?
–Y entonces puso los brazos para arriba como si fuese una flamenca.

Menuda decepción. Yo no tenía ni idea de danés; era Alin, que había estado en España de vacaciones y había aprendido esas palabras.

–¿Jamón serrano? –le pregunté un poco decepcionado.

–¡Olé! –contestó ella con una sonrisa radiante.

A lo mejor creía que *olé* significaba *sí*. Bueno, de lo único que sirvió todo aquello fue para que el resto de la clase me saludase diciendo *olé* hasta que la profe de idiomas intervino y acabó con la moda flamenca.

Así que sigo con mi técnica de sonrisa, sonrisa, sonrisa y asentimiento.

Mi madre dice que la *inmersión* lingüística total nos vendrá bien a todos. A mí lo de *inmersión lingüística total* me suena a un tipo de ataque en una batalla de dibujos animados o algo por el estilo.

–Significa que, cuanto más danés escuchemos, antes lo hablaremos y lo entenderemos –explica ella, tan contenta.

Y desde ahí se acabaron las series en español en el ordenador. Ahora solo me deja ver la tele para que entrene el oído. Me voy a volver loco... Lo único que más o menos comprendo es un programa sobre una granja... ¡y es porque se pasan el día callados!

A lo mejor te crees que en el silencio no hay *comunicación*. Pero estás equivocado, tan equivocado como estaba yo hasta que Frej llamó una tarde a mi puerta.

¿Que quién es Frej?

Alguien que no dice *blablablablablabla* ni pretende que hable danés.